

Buenísimas nuevas

Eduardo Keudell

Jean-Jacques y Marie-Neige Fleury, traductores al francés del libro «Las ciudades de Poniente», de Antonio Pereira, me han enviado el libro de otro insigne, Francisco Ayala, que por primera vez ha sido traducido al francés, precisamente por los Fleury, el libro, editado por Autrement, se titula «Morts de chien», y lleva un postfacio del maestro Pereira, que es a lo que iba.

Llamé a Pereira y estaba en Villafranca, ubicable porque ahora usa telefonino, para contarle que los Fleury me habían mandado el libro de Ayala. Todo muy bien, y aún mejor, porque Edilesa pone a la venta en octubre «Cuentos de la Cábila», así, con acento, que es como se dice cabila en el Bierzo. De exquisita edición y con ilustraciones de Antón Díez.

Según me explicó Pereira, ya están corregidas las pruebas, las benditas correcciones que vienen a ser para Antonio la madre de todas las batallas en pos de la perfección.

Como todo el mundo sabe, el enorme Pereira nació en Villafranca en «el barrio del otro lado», un barrio «jocundo», dice Pereira, llamado también «de la Cábila» y por ende «cabileños eran sus vecinos, un gentilicio de evocaciones bereberes inverosímiles con este frío.

No se trata, explica Pereira, de un volumen de cuentos con vocación autobiográfica, sino de recuerdos de la infancia, seguramente, digo yo, universalizados por el magisterio narrativo, tuve la fortuna, hace unos meses, junto con Suárez Roca y Mestre, entre otros, de que el maestro nos leyera una pieza sublime, cuyo argumento trataba de cierta imposición de manos para heredar la poesía. Este cuento estará en «Cuentos de la Cábila».

Para mí es la buenísima nueva riel otoño, un libro de cuentos nuevos de Antonio Pereira cuya grandeza humana y literaria abarca todo el ámbito de la lengua, y me explico, en pocas líneas. Por razones ignotas, me fue dada nacer al sur del Sur, y

así conocer el cacúmen de la narrativa breve, la metafísica que floreció bajo la atenta mirada de un ciego universal, y de ahí el asombro. Pues bien, Pereira une los hemisferios del globo y he aquí, en el Poniente de las crueles provincias, la llave de la comprensión de todo el ámbito que digo. Pereira no escribe desde el desván, sino que hace un careo con la vida, jocunda y maleva a veces, la vida.

Como buen «cabileño», Pereira es medio nómada, aunque le gusta volver, y así escribió una vez: «Yo, con vosotros. Dando cada día / testimonio de cómo entre los hielos / abre el amor sus minas imborrables».

Y aquí estamos, claro, apechugando contra el hielo, y esperando el libro.